

La figura humana en el culto del neolítico precerámico del Próximo Oriente

Maite Rubiato
Universidad Complutense

RESUMEN: El arte mueble religioso está presidido durante el Neolítico Precerámico del Próximo Oriente por la figura humana; aunque hay algunas otras manifestaciones plásticas, esa omnipresencia de la imagen del hombre, incluso en esculturas de bulto, no denota un culto a la fertilidad sino tal vez el profundo conflicto entre la brevedad de la vida y la aspiración de permanencia del hombre en su nuevo protagonismo en relación con la fuente de sustento.

SUMMARY: The Religious Furniture of the Near East art is dominated during the preceramic Neolithic by the human figure; however there were also other plastic manifestations. The omnipresence of image of man, even in high relief sculptures, should not be construed as an indication of fertility worship or cults, but as a sign of the profound conflict between the brevity of life and mans desire for immortality, a conflict brought about by mans struggle for the basic means of survival.

Al iniciar mi colaboración con *Ilustración de Ciencias de las Religiones*, publicación multidisciplinar y por tanto hospitalaria, tuve la tentación de publicar una serie de artículos —que se moverían en el marco cronológico de la prehistoria del Próximo Oriente— con el lema de “Religión y Ecología”. Pronto me di cuenta de la pretenciosidad e inexactitud del lema. Teniendo como única fuente los restos proporcionados por la arqueología, mal podríamos acercarnos al conocimiento de la religión o religiones —si las hubo— en las primeras etapas de la civilización humana: si la fe religiosa no se dirige tanto a producir efectos prácticos inmediatos cuanto a establecer «el valor de ciertas actitudes mentales», mientras la magia «constituye la afirmación del poder del hombre para producir efectos concretos mediante un conjuro y ritual definidos», a lo más que podemos acercarnos es al conocimiento parcial de los efectos que el hombre pretendía ante lo imprevisible, ante las situaciones en las que «sus conocimientos empíricos se hacen insuficientes», es decir, al aspecto material de la finalidad mágica. Quedan fuera de nuestro alcance aspectos tales como el conjuro y el acto o rito, parte sin duda esencial en las magias. El primer término del ambicioso lema, *religión*, se debería reducir a la penosa perífrasis «proto-religión o magia parcialmente posible de conocer».

En cuanto al segundo término del lema descartado, *ecología*, no pretendía ser usado más que en el sentido de la relación —mejor interrelación— del ser humano con el medio natural. Lo único que queda de aquella tentación es el orden cronológico de exposición, la consideración del hombre en su relación con la naturaleza como factor de desarrollos socio-culturales trascendentes y de expresión religiosa y el marco histórico-geográfico: el

Próximo Oriente Antiguo.

Es allí donde hay que buscar las huellas de los primeros pasos del hombre hacia «estadios avanzados de civilización»¹, de los que es premisa y raíz la llamada «revolución neolítica», según el término acuñado por Gordon Vernon Childe en los años veinte.

El adelanto que mostró el Próximo Oriente Antiguo con respecto al resto del mundo en las primeras etapas culturales del hombre se mantuvo en el paso del mesolítico al neolítico; o, lo que es lo mismo, en la transición de un estadio de caza y recolección a otro de producción de alimentos. Es una simplificación rayana en el ilícito científico reducir a una secuencia de adelantos mantenidos la razón de que la llamada «revolución neolítica» se diera en el Próximo Oriente antes que en otros lugares de la Tierra. Pero, a la vista de las muchas escuelas y teorías que han proliferado en torno a ese interrogante, es tentador zanjar así la cuestión: la «revolución neolítica» aparece más temprano en el Próximo Oriente porque también allí se dieron antes las etapas preparatorias. A lo que inevitablemente seguiría el interrogante de por qué se dieron antes allí esas etapas preparatorias, y así nos remontaríamos hasta el adelanto que se da en esta zona del mundo desde el Paleolítico Medio, por el simple hecho, poco sujeto a interpretación, de que allí se dieron condiciones climáticas y geográficas más favorables.

A partir de la mitad del noveno milenio antes de la era cristiana, y tras la fascinante etapa de transición que constituye el mesolítico palestino², comienzan a sentirse en el Próximo Oriente los efectos directos de la revolución neolítica. Pero el neolítico del Próximo Oriente no solamente es anterior en el tiempo al de otras regiones de Eurasia, sino que es, sobre todo en sus más tempranos periodos, muy distinto. Diferencia que se refleja inevitablemente en la terminología: cuando Kathleen Kenyon acuñó la denominación *Neolítico Precerámico* tenía bien presente que en Europa *neolítico* implicaba la presencia de la cerámica. En sus excavaciones en Jericó distinguió³ un estadio de cultura material con todos los atributos del neolítico pero sin cerámica. En ellos apreció dos fases, una anterior o Neolítico Precerámico A y otra posterior, Neolítico Precerámico B. Entre ambas se reparten más de dos mil quinientos años de la historia de la humanidad, desde el 8.300 hasta el 6.000 a.C. aproximadamente, en que aparece ya el Neolítico pleno o cerámico.

El Neolítico Precerámico, periodo al que pertenecen los restos arqueológicos con que se ilustran estas líneas, ha recibido todo tipo de calificativos apreciativos: bien cierto es que se trata de un capítulo trascendental en la historia de la Humanidad, tanto que la configura. Apenas hay controversia en cuanto a las dataciones y valoración de los hallazgos

¹ Siempre entrecorriendo tal expresión, no por ser cita literal, sino porque cada vez con mayor frecuencia se me antoja inadecuada la carga positiva que contienen tanto «avanzados» como «civilización».

² Véase «Arte mueble en el culto del mesolítico palestino (o Juan Natufiense y los ojos de la gacela)», *Ilustración de Ciencias de las Religiones*, 1 (1996) pp. 177-195.

³ En estratos ya conocidos aunque mal interpretados por J. Garstang en los años 30.

en excavaciones del período neolítico —precerámico o pleno— a través de todo el Próximo Oriente. El debate es en cambio inagotable en torno a cuestiones tales como la renovación terminológica⁴, causas de ese desarrollo socioeconómico⁵, evaluación de la importancia de las diferentes fases de cambio, etc.⁶ Otros han tratado de sustituir la expresión *revolución neolítica* por *revolución agrícola*, y no faltan quienes consideran inadecuado el término *revolución*. Pero no hay diferencias de opinión en cuanto al hecho de que tras dos millones de años de desarrollo de la sociedad humana tuvo lugar un cambio trascendental que deja su marca en el sistema socio-económico que cristaliza hacia el 8.000 a.C. y que permanece hasta la víspera de la *revolución industrial*.

Otro gran punto de acuerdo en cuanto a ese cambio es la relación del hombre con su entorno, y podría resumirse en «no intervención humana en el medio natural (hasta la neolitización) —intervención humana— (a partir de la neolitización)». Podría decirse con muchas otras palabras: el hombre pasó de depender del medio natural para su sustento a dominarlo (o a crearlo así). Pero también que el hombre pasó de depender del medio natural a depender de sí mismo. Este cambio en la relación hombre-naturaleza, quizás el más profundo de todos los cambios que la revolución neolítica implica, está perfectamente descrito en una publicación de gran difusión del malogrado naturalista Félix Rodríguez de la Fuente: «Estudiar la fauna holártica bajo las condiciones ideales que precedieron a la expansión humana adolecería de una gran falta de realismo, porque la presión humana ha influido en las plantas y en los animales así como en los fenómenos naturales. El hombre es el único animal que al tiempo que se adapta al medio en que vive lo modifica para adaptarlo a sus propias necesidades y conveniencias. Durante cientos de miles de años nuestros antepasados paleolíticos supieron adaptarse perfectamente a los imperativos de la tierra en que vivían. Simples predadores y recolectores de los productos naturales, no alteraron en lo más mínimo los medios sobre los que actuaban ni modificaron las áreas de extensión de las poblaciones animales que constituían sus presas, porque sus armas primitivas no les permitían dar muerte a más animales que los necesarios para su alimentación. Con la revolución neolítica, que tanta influencia ha tenido en la historia de la humanidad, de predador y recolector el hombre se transformó en pastor y agricultor. La

⁴ Sultaniense, (de Tel es-Sultan = Jericó) en lugar de Neolítico Precerámico A, Tahuniense en lugar de Neolítico Precerámico B, etc

⁵ Teorías del determinismo medioambiental, de las zonas nucleares o hábitats naturales, de la presión demográfica, combinaciones de parte o de todas ellas, etc

⁶ Un breve pero magnífico resumen de todas estas escuelas y teorías ofrece O. Bar-Yosef, "The Neolithic Period", A. Ben-Tor (ed.), *The Archaeology of Ancient Israel*, London, 1992, pp. 10-39, pp. 10-13.

tala de bosques para sembrar gramíneas, la desecación de marismas o la irrigación de tierras áridas inició la marcha de la humanidad hacia la alteración de la naturaleza, marcha que los progresos y adelantos técnicos no han hecho sino acelerar. Y así como el hombre del Cuaternario se regía por normas y tabúes, según puede apreciarse en los pueblos paleolíticos actuales, que le prohibían matar más de lo que necesitaba para subsistir, el pastor, el agricultor o el industrial, rotos los vínculos con la moral antigua, capacitados para sobrevivir con la carne de sus animales domésticos o de sus plantas controladas, se entregaron a matanzas que, seguramente, no habían tenido precedente en la historia de los seres vivos... Hay que aceptar que tan sólo en casos excepcionales ha sido el hombre el que directamente, mediante la caza, por ejemplo, ha ocasionado la extinción de especies animales o vegetales. Por lo general, el atentado mayor que el hombre ha cometido y comete contra la naturaleza es la destrucción de los medios naturales, tanto las tierras y los bosques como las aguas y los aires, y es esta alteración de los biotopos originales la que repercute sobre el número y densidad de sus pobladores y lleva en ocasiones a la definitiva desaparición de algunos de ellos⁷.»

Otro gran punto de acuerdo con respecto a la neolitización es la importancia del descubrimiento del *secreto de la semilla*. Los descendientes de los natufienses, cazadores selectivos y recolectores de la cosecha silvestre de cereales, descubrieron que el grano que comían era a la vez la semilla que producía una nueva planta anual. Este hecho tan cotidiano para nosotros es quizá el mayor descubrimiento de la historia humana, cuyas consecuencias sin duda ignoraba el hombre del Neolítico, y constituyó la base económica sobre la que habrían de formarse las grandes civilizaciones del Oriente, y en definitiva la historia toda de la humanidad.

Un cambio tan profundo no podía por menos de manifestarse también en el aspecto religioso. Si, como vimos, el natufiense mostraba en su arte mueble religioso la importancia de la hoz y de la gacela en su vida, el neolítico hace protagonista plástico de su vida religiosa a la figura humana.

La mayoría de los primeros testimonios de este giro diametral proceden de las excavaciones de Jericó en los años 50 de nuestro siglo, y durante años constituyeron *unica*. Si todo arqueólogo está encantado con tener entre sus hallazgos un *unicum*, lo cierto es que en su fuero interno no sabe qué hacer con él, no tiene puntos de referenci. De esos hallazgos *únicos* de la Jericó neolítica sólo sigue teniendo carácter de tal la muy reproducida y por tanto conocida torre circular del Prececerámico A. Construida con piedras sin tallar, tiene un diámetro de 8,5 metros y se conserva hasta una altura de unos ocho metros, prácticamente su altura original. El descubrimiento de esa torre y sus murallas anejas llevó a K. Kenyon a proclamar que Jericó podía ser llamada *la primera ciudad del mundo*. Desde luego, la realización de tal obra requiere una organización y jerarquización social: se han hecho cálculos de la fuerza laboral mínima requerida para su construcción, y resulta un promedio de 75 personas durante 27 jornadas. Pero es prematuro pensar en un

⁷ F. Rodríguez de la Fuente, *Fauna*, vol. IV, Barcelona, 1978, pp. 11-12.

régimen urbano. Las murallas no son ya las únicas conocidas en el período, ni son murallas en su sentido defensivo. Entre todas las hipótesis barajadas, la más plausible, aceptada y contrastada es que se trata de muros de contención contra los aluviones del venero⁸.

En cuanto a la torre, sólo tiene explicaciones negativas: *no* es una torre defensiva (tampoco lo eran las murallas, pero aunque lo hubieran sido, la torre está situada *dentro* del recinto); *no* es un elemento del sistema de contención; *no* es una torre de vigía (no sirve para avistar fuera del poblado). Aunque no es una opinión única, sí es la de A. Mazar la primera que conozco impresa en una obra de gran difusión y alcance: «*Perhaps it had some ritual function.*»⁹. En la *figura 1* puede verse (de arriba a abajo) sección, planta y aspecto de la torre neolítica de Jericó. Poco se ha hablado, salvo para describirla, de la escalera interior que desde una puerta no visible desde el poblado llega hasta la parte superior, *por dentro* de la torre. Toda posible función de la torre que exigiera el acceso a su parte alta hubiera sido servida por cualquier otra solución constructiva: por ejemplo, una escalera exterior o una escala de madera. La empleada, que es precisamente la más difícil y costosa de las pensables, es considerada por cualquier constructor, arquitecto o ingeniero actuales perfectamente innecesaria, *salvo...* que se pretendiera montar una cierta escena. Algunos considerarán aventurado afirmar como lo hago aquí que la torre neolítica de Jericó es un gran altar o podio cáltico, pero lo es menos que afirmar cualquier otra cosa. La simulación ritual habría nacido en Jericó.

Entre los hallazgos jericuntinos (en este caso del Precerámico B) que durante mucho tiempo causaron perplejidad destacan los cráneos humanos modelados¹⁰. Dos de ellos están representados en la *figura 2*, arriba. Los cadáveres sin cabeza que se encontraban en algunos puntos del yacimiento quedaban explicados por el descubrimiento de esos cráneos respetuosamente enterrados bajo la habitación y cuidadosamente tratados con arcilla para reproducir las facciones del difunto (los primeros retratos humanos). En algún caso se ha conservado el coloreado en las regiones parietal y occipital en recuerdo del peinado. Los ojos estaban formados por dos conchas bivalvas. Nueve son las calaveras así tratadas que nos legó la Jericó del Neolítico Precerámico B, y a las que hay añadir varias

⁸ El yacimiento de Beidha, cerca de Petra en Transjordania, tiene murallas similares, y en su caso es mucho más clara aún su finalidad de contención de los aluviones del venero.

⁹ A. Mazar, *Archaeology of the Land of the Bible*, New York, 1990, p. 42 .

¹⁰ Un periódico español se hizo eco en 1958 de aquel descubrimiento con el título «Murallas hechas con cráneos de enemigos». Es decir, no entendió nada.

más de otros yacimientos de la zona excavados en los últimos años¹¹. Ya no son un fenómeno único, salvo por la especial maestría de modelado en algunas de ellas. Se trata de un indudable culto a los antepasados. Y tal vez algo más profundo.

Porque «todo tiene sus desventajas y sus inconvenientes» (inefable *lapsus* que he oído hace poco en contexto que no viene al caso). Inconscientemente, no terminamos simpatizar con el jericuntino neolítico como lo hacíamos con Juan Natufiense, del que es descendiente. Lo cierto es que desvelar el secreto de la semilla significó, para el neolítico y para nosotros, la pérdida del paraíso, entendido como la virginidad de la naturaleza. El neolítico perdió más cosas, porque entre sus logros no estaba precisamente el estudio de la dietética; la nueva dieta a base de cereales le llenaba fácilmente el estómago mientras la caza se le alejaba cada vez más al privarla de su hábitat natural. La esperanza de vida era muy corta: la mayoría no pasaba de los veinte años y sólo excepcionalmente algún varón llegaba a la cuarentena.

«Con los dientes completamente desgastados —consecuencia de una alimentación a base de sémola y leguminosas, todo ello toscamente triturado y mezclado con finos granos de arena— aquellas personas, incapaces ya de masticar, morían probablemente de hambre... la cortada cabeza de la luna vuelve a crecer. La luna inicia una nueva vida. Tal vez por eso se corta la cabeza a los muertos, según un modelo celeste...». Sugerente teoría la de E. Zehren¹², que suele impresionar mucho a los alumnos de prehistoria palestinese. Hace muy poco tiempo he oído de un eminente estomatólogo, a propósito de los cada vez más frecuentes problemas con las llamadas «muelas del juicio»: «Esto se lo debemos a la revolución neolítica: nuestra dentadura ha degenerado, esas piezas dentarias se han atrofiado y son inútiles, porque desde entonces comemos cada vez más blando». Pero la humanidad en su conjunto no corrió peligro de extinción en el Neolítico, como erróneamente se ha llegado a afirmar, por la sencilla razón de que no toda la humanidad pasó por la revolución neolítica al mismo tiempo. Y porque con los sedentarios coexistieron pueblos cazadores, más tarde pastores. La domesticación de los animales es uno de los logros de la segunda etapa neolítica que vino a completar la dieta del hombre. Pero lo cierto es que en el neolítico precerámico del Próximo Oriente el hombre consagra su propia figura como objeto de culto, o bien porque se considera señor de cuanto le rodea o bien porque se sabe efímero y se quiere conservar en efigies.

La representación de la figura humana, esta vez sin armazón de los cráneos naturales, aparece también en la Jericó del Neolítico precerámico B. Tres bustos, mayoritariamente interpretadas como un hombre, una mujer y un niño, realizados en arcilla calcárea con un armazón de caña fueron también un *unicum* hasta que nada menos que treinta y siete esculturas de bulto redondo y frecuentemente de cuerpo completo fueron

¹¹ Como Ain Ghazal en Transjordania, Beisamun en el valle septentrional del Jordán y Tell Ramad cerca de Damasco.

¹² E. Zehren, *Las colinas bíblicas*, Barcelona, 1969, pp. 255-256.

descubiertas en Ain Gazal entre 1983 y 1985. Las figuras de Jericó se desintegraron a poco de ser desenterradas, y solo queda de ellas algunas deficientes fotografías y la cabeza de la figura masculina, que ofrecemos en la *figura 2*, abajo. Las estatuas de Ain Gazal han sido en cambio cuidadosamente tratadas y se han salvado de esa desintegración al contacto con el ambiente. Sólo quienes las confeccionaron, hace nueve mil años, con arcilla sobre un armazón de juncos y ramas atados, podrían decirnos su significado: si son retratos de notables del grupo, antepasados, un panteón de deidades u oferentes. Lo cierto es que son expresión de un culto religioso que tiene como eje de sus representaciones plásticas la figura humana. (En la *figura 3*, arriba a la izquierda uno de los bustos de Ain Gazhal, con los ojos y las facciones realzadas con bitumen; arriba a la derecha reconstrucción de uno de los armazones de las estatuas hechos de juncos y cañas ; abajo a la izquierda, busto esquemático de Jericó, hoy perdido; abajo a la derecha, la más completa de las estatuas de Ain Gazhal)¹³.

Una figura humana que impregna todas las manifestaciones de arte religioso durante el neolítico precerámico, sobre todo en su segunda fase. La torre de Jericó y su posible función en un culto chamánico toman una nueva luz ante el incremento del número de máscaras con forma de rostro humano que van aportando las últimas excavaciones. En la *figura 4* ofrecemos dos de ellas, ambas de piedra caliza: la de arriba procede de la cueva cáltica de Nahal Hemar y tiene vetas de colores verde y rojizo. La de abajo procede de la zona de Hebrón. Ambas tienen agujeros a la altura de los ojos y abertura en la boca. Las dos tienen en los bordes agujeros para ser sujetas a la cabeza, lo que descarta la hipótesis de que se trate de máscaras funerarias, inexistentes por otra parte en ninguno de los enterramientos encontrados. Son máscaras rituales. Tal vez pretendían ocultar la identidad del portador durante el rito.

Con cierta ligereza en ocasiones se ha resumido toda esta profusión de figuras humanas en el arte religioso del neolítico precerámico en un «culto de o a la fecundidad». Sin embargo, nada abona tal calificativo. En las figuras humanas están tratadas con esmero las facciones, sobre todo los ojos; pero se omite en absoluto la representación, siquiera simbólica, de los órganos sexuales. Esto tendrá lugar en la última etapa del Neolítico del Próximo Oriente, el Neolítico cerámico. Un período mucho más apagado y gris desde el punto de vista de la creatividad y de la plástica, a pesar de que el conocimiento de la cerámica viniera a completar el catálogo de logros del neolítico. Durante el neolítico cerámico, desarrollado por nuevas poblaciones en la zona Sur del mediterráneo oriental, la figura humana se reduce a una esquematización que enfatiza los órganos sexuales o a grotestas figuras femeninas esteatopégicas. El hombre del neolítico precerámico A,

¹³ Mejores representaciones, en color, en *Biblical Archaeological Review*, vol.13, n. 2 (1987) pp. 50, 52 y portada.

descendiente de Juan Natufiense y constructor de la gran torre-altar de Jericó, simplemente desapareció. Fue sustituido por el hombre del neolítico precerámico B, que sintió tal vez la patética soberbia de su protagonismo o la angustiosa desesperanza de su debilidad, y por uno u otro motivo llenó de imágenes de sí mismo el culto de los muertos y el rito de los vivos.

El final del hombre del Neolítico Precerámico B fue sin duda penoso: el período termina con un gran declive de población en los asentamientos, hasta que poblaciones como Ain Ghazal y Yiftahel son abandonados y Jericó queda desierta y desgastada por la erosión. Las razones de esta crisis son inciertas. Algunos estudiosos han sugerido que hubo un cambio climático hacia la sequía; otros, que la explotación intensiva de la tierra y la deforestación produjeron nefastos cambios medio-ambientales. No parecen contrapuestas ninguna de esas posturas. Para hacer inhabitable un país, el hombre necesita menos de dos mil quinientos años, que es el tiempo que duró este período del Neolítico Precerámico.

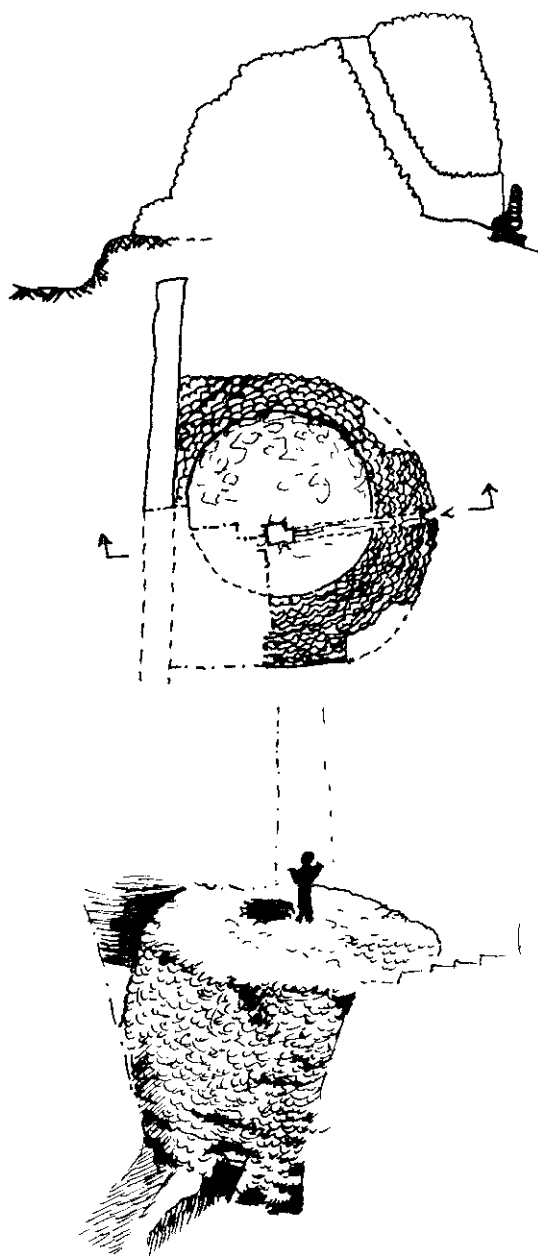


figura 1



figura 2

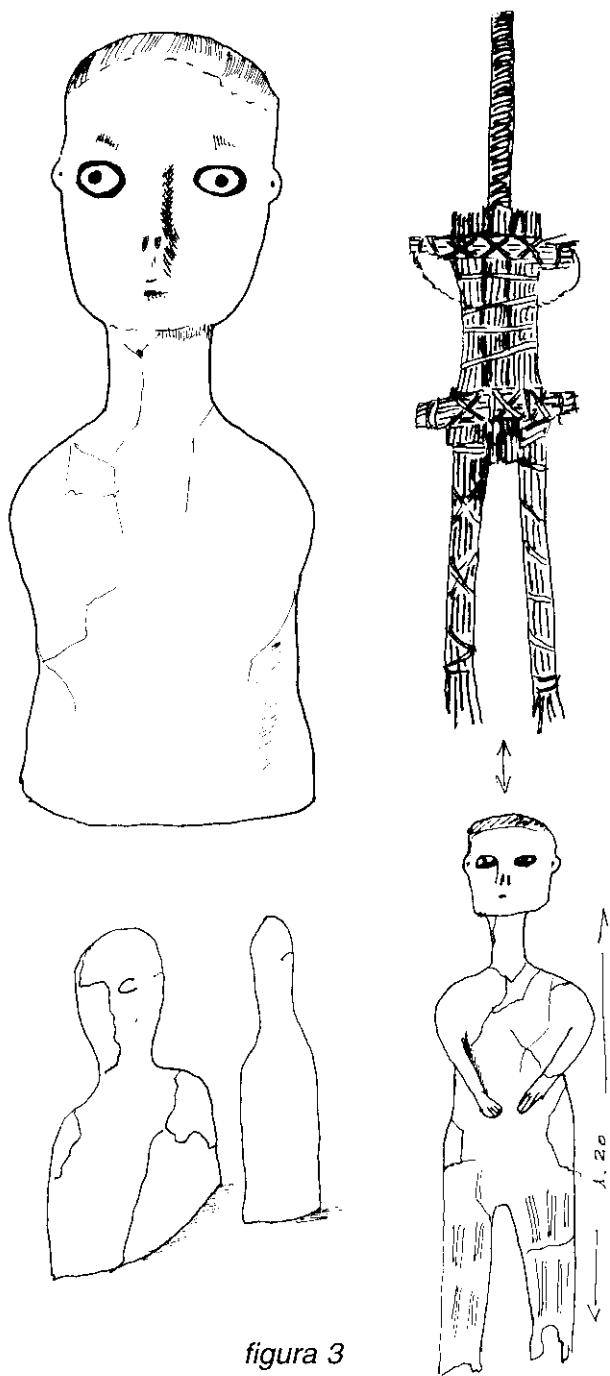


figura 3

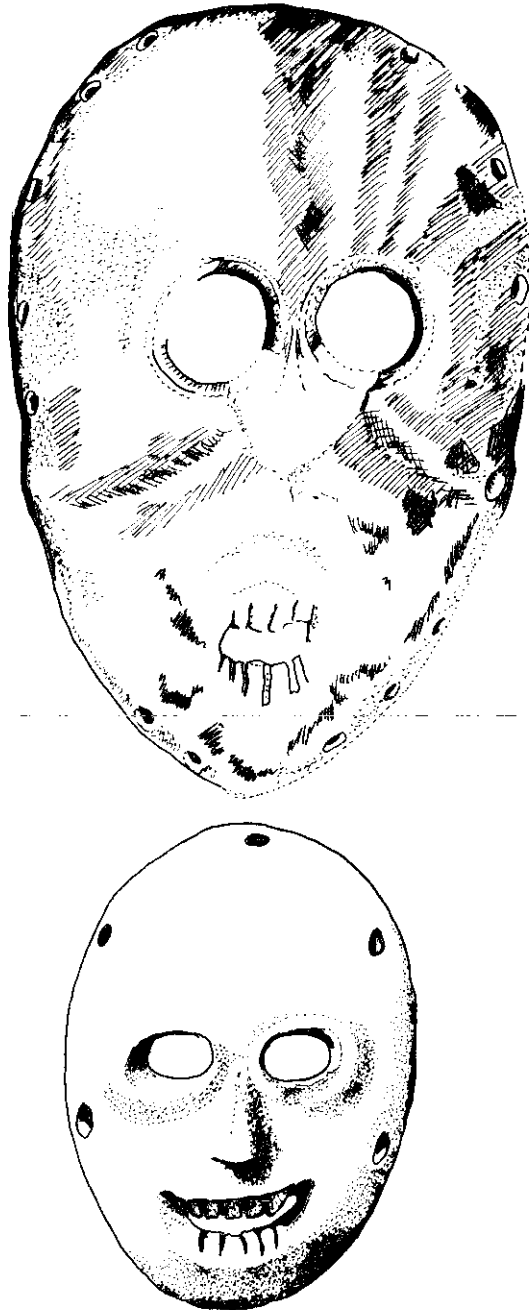


figura 4